

“ **UNA NOCHE DE AMOR Y TRAICIÓN** ”

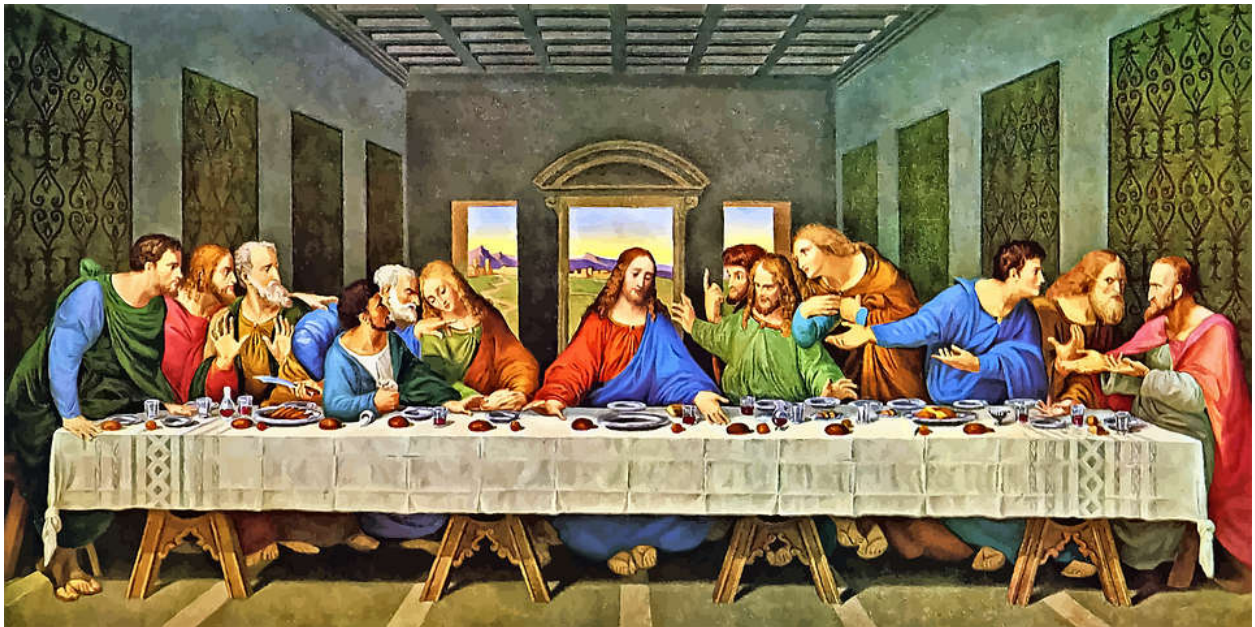
Mensaje para *el Jueves Santo*

Del pastor Norman Staker

2 de abril de 2026

ÉXODO 12: 1-4(5-10) 11-14 1 CORINTIOS 11: 23-26

JUAN 13: 1-17, 31B-35



**GRACIA, MISERICORDIA Y PAZ DE DIOS NUESTRO PADRE Y DE
NUESTRO SEÑOR Y SALVADOR JESUCRISTO. AMÉN. ¡HA
RESUCITADO!**

***F*e gusta despedirte de alguien, por cualquier motivo?
Todos hemos estado en situaciones difíciles. Todos
hemos tenido que despedirnos de nuestros padres al
mudarnos, de nuestros hijos al crecer, de un pastor muy
querido o de un ser querido que está muriendo. Todos hemos
pasado por esas situaciones.**

Todos afrontamos estas últimas despedidas de maneras diferentes. Algunos somos bastante impasibles. Nos damos la mano y decimos adiós. «Hijo, pórtate bien y cuídate». Otros somos más reservados y controlamos nuestros sentimientos. Otros somos llorones; lloramos desconsoladamente. No podemos hablar porque nos embarga la emoción. Otros somos más despreocupados y tratamos de que nuestra despedida final sea un buen momento y nos lo tomamos con humor. Y otros evitamos estas situaciones por completo. Es decir, nunca nos vemos en la situación de tener que decir el último adiós. Evitamos esa situación a toda costa. No podemos decir el último adiós, así que evitamos la situación. Cada uno de nosotros afronta estas delicadas situaciones de manera diferente.

Personalmente, al ser una persona tan emotiva, siempre me ha resultado difícil despedirme. No se me da bien. Siento que es una debilidad de mi carácter. No me enorgullezco de ello, pero he aprendido a aceptar que así soy.

Simplemente te digo que no se me da bien despedirme. Prefiero evitar esas situaciones a casi cualquier precio. Esos momentos no son fáciles para mí.

Tal era el ambiente de la Última Cena de Jesús, la última noche que compartió una comida, una conversación y una amistad con sus discípulos. Durante esa cena, estaban tan abrumados por el dolor del momento que no podían vislumbrar las posibilidades del futuro. Durante tres largos años, estos doce hombres habían aprendido a vivir y a amarse. Habían estado juntos día y noche durante tres largos años: tres años de comidas, tres años de milagros, tres años de enseñanza. Habían compartido tanta vida y tanta muerte juntos. Jesús los había preparado durante tres años para ser sus discípulos. Y allí estaban, en Jerusalén, juntos en la última noche, la última cena, las últimas palabras, las últimas despedidas, sus últimos

adiós. Los discípulos sabían que Jesús iba a morir, y pronto. Este era su último momento juntos.

Tal era el ambiente de la Última Cena. Estos hombres se habían enamorado y sabían que este era el final de su relación. Era el fin de una era, el fin de su amor terrenal tal como lo habían conocido. Era el final de sus tres años juntos y estaban muy unidos a Jesús.

Así pues... durante aquella última cena, los discípulos escucharon atentamente las palabras de Jesús, pendientes de cada una de ellas. Sabían que era su última lección, sus últimas palabras, sus palabras definitivas. Palabras de sabiduría, perlas de gran valor, joyas para las generaciones futuras. Escucharon con atención y quisieron comprender y recordar todo lo posible.

Escucharon atentamente cada palabra del maestro más sabio que jamás habían oído: "No os dejaré huérfanos. Volveré a vosotros. Enviaré mi espíritu para que habite en vosotros.

Una mujer que está a punto de dar a luz experimenta un gran dolor, pero cuando nace el niño, olvida su dolor. Así también ustedes experimentarán un gran dolor cuando los deje, pero cuando vuelva, experimentarán una gran alegría como la del nacimiento de un hijo. Los discípulos se preguntaron: «¿Qué significa que vaya a volver, que olvidemos el dolor de su partida, que cuando vuelva experimentemos una gran alegría como la del nacimiento de un hijo? ¿Qué significa todo esto?».

Continuó con más palabras de sabiduría: «En mi casa hay muchas moradas. Si no fuera así, no se lo habría dicho. Voy a prepararles un lugar y, cuando llegue el momento, volveré y los llevaré conmigo». ... «Esas palabras tienen sentido», pensaron los primeros discípulos, «pero ¿qué significan? ¿Muchas moradas? ¿Ir a prepararles un lugar? ¿Volveré a buscarlos

para llevarlos a esas moradas? Es bueno que Jesús haya construido lugares donde vivir, pero ¿dónde estarán esas moradas y cómo llegaremos allí?

Los discípulos se aferraron una vez más a estas perlas invaluable. Sus palabras eran tan profundas que escapaban a su comprensión. Jesús dijo: «El que me ha visto, ha visto al Padre. El que me conoce, conoce al Padre. El que me ama, ama al Padre». Los discípulos pensaron: «Bien, muchachos, esta enseñanza es un poco compleja. Quien ve, conoce y ama a Jesús, entonces ve, conoce y ama al Padre. ¿Acaso Jesús está diciendo que es como el Padre? No puede estar diciendo que es el Padre. Debe ser como el Padre. Quien me ve, me conoce y me ama, ama a Dios. Bien. Creo que eso es lo que está diciendo».

Jesús volvió a hablar y los discípulos guardaron silencio absoluto, concentrados en estas últimas palabras, en estas últimas enseñanzas, las últimas joyas, las últimas perlas. Jesús dijo: «Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Si me amáis, guardaréis mis palabras. Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros. Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. Os mando: que os améis los unos a los otros». Los discípulos pensaron: «¿Un mandamiento nuevo? ¿Amarnos los unos a los otros como él nos ha amado? Estas palabras parecen claras. Es lo que ha estado diciendo durante estos tres años: amarnos los unos a los otros. Estas palabras parecen ser el núcleo de su mensaje. ¿Serán estas sus últimas palabras para nosotros? ¿Sus últimas palabras?».

Entonces, de repente, todo cambió. No hubo más palabras. Solo silencio. Un silencio ensordecedor. Los discípulos pensaron: «¿Qué está haciendo ahora? Toma una toalla. Hay un silencio absoluto. Nadie habla. Nadie se mueve. Nadie se inmuta. Un silencio total. Ahora toma un recipiente con agua. Se oye el

chapoteo del agua. El crujido del suelo al moverse en silencio. El susurro de sus vestiduras al arrodillarse ante cada discípulo. Ahora lava los pies de un discípulo. Ahora lava los pies de todos los discípulos, uno por uno. No. Extraño. Raro. Un silencio sobrecogedor. ¿Él, el maestro, lavando los pies de cada uno de nosotros? ¿Qué significa esto?». Jesús finalmente rompe el prolongado silencio y dice: «Haced con los demás lo que yo he hecho con vosotros. Sed siervos amorosos los unos con los otros».

Mientras Jesús hablaba, los discípulos no comprendían que Jesús iba a regresar. Puedo entenderlo. Podemos entenderlo. Podemos entender que no comprendieran el significado de sus últimas palabras.

Y así nos sucede a todos. Cada uno tiene su turno. Estamos tan absortos en el dolor del momento que no podemos ver las posibilidades del futuro, el futuro que Dios ha preparado para todos nosotros.

Y así les sucedió a los discípulos. Creían que se estaban despidiendo definitivamente y no comprendieron sus enseñanzas. No pudieron comprender sus palabras porque estaban absortos en el dolor de su pérdida.

Muchas veces en la vida pensamos que todo ha terminado, que ya nos hemos despedido definitivamente. Después de casi 39 años de matrimonio, besé a Joyce para despedirme con la firme intención de volver a verla esa misma noche. Ya te dije que me cuesta decir adiós, pero esa noche, cuando nos fuimos, no pensé que sería la última juntos, nuestra última despedida. Pero... no fue un adiós. Sí, se había ido, pero nos volveríamos a ver.

Como ven, el último adiós no es el adiós definitivo. El futuro continúa. El futuro de Dios continúa. Jesús no nos deja

huérfanos, sino que Dios viene a nosotros con su Espíritu, que habita en nosotros, nos sana y nos prepara para el futuro. El futuro de Dios siempre supera la tristeza del presente y del pasado.

La última cena no fue la última cena, sino el comienzo del festín para toda la eternidad.

Cuando Jesús fue crucificado, lo llamamos Viernes Santo. En Viernes Santo recordamos que Jesús se ofreció a sí mismo como el sacrificio final y completo por nuestros pecados, liberándonos de una esclavitud de la que jamás podríamos habernos liberado por nosotros mismos.

El día anterior al Viernes Santo, hoy, se llama Jueves Santo. Ese jueves, Jesús compartió una comida con sus discípulos en un aposento alto, en algún lugar de Jerusalén. Antes de la comida, les lavó los pies. Jesús les dijo mucho durante esa comida; ocupa unos cinco capítulos del Evangelio de Juan. Pero en todo lo que dijo, solo hubo una cosa que les mandó explícitamente. Dijo: «Un mandamiento nuevo les doy: que se amen los unos a los otros. Como yo los he amado, así también ámense los unos a los otros».

El mandamiento de Jesús de amarnos los unos a los otros es realmente importante. Es lógico suponer que lo es. Es de suponer que el día antes de morir, Jesús les recordaría a sus discípulos sus instrucciones más importantes.

Jesús ya había dejado claro que el mandamiento más importante es amar: amar a Dios, primero, y amar al prójimo como a uno mismo. Pero Jesús no les está recordando a sus discípulos su instrucción más importante. ¡Les está dando una nueva! Dice: «¡Un mandamiento nuevo os doy!». ¿No es un poco tarde para que Jesús les dé un mandamiento nuevo? ¿Y acaso

este mandamiento no es el mismo que el antiguo, amar al prójimo como a uno mismo? ¿Qué es diferente?

¡Escuchen con atención! Jesús dijo: «Un mandamiento nuevo les doy: que se amen los unos a los otros. Como yo los he amado, así también ustedes deben amarse los unos a los otros». Es lo mismo, ¿o no?

¿Qué hay de nuevo? La calidad del amor que Jesús nos pide que mostremos es nueva.

Jesús les ordenó a sus discípulos, no solo que se amaran unos a otros, sino que se amaran como él los había amado. ¡Es difícil imaginar algo más desafiante!

Antes de dar esta instrucción, Jesús lavó los pies de sus discípulos. Luego les dijo: «Ya que yo, su Señor y Maestro, les he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies unos a otros. Les he dado ejemplo para que hagan lo mismo que yo he hecho con ustedes... Ahora que saben esto, serán bienaventurados si lo ponen en práctica».

Hasta donde sabemos, esta es la única ocasión en que Jesús lavó los pies de sus discípulos. Si la máxima expresión de amor fuera literalmente lavar los pies de la gente, Jesús lo habría estado haciendo todo el tiempo. El significado principal no puede ser literalmente lavar los pies. Y está claro que esto no era lo que Jesús tenía en mente. Jesús le dice a Pedro: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Esto no tiene nada que ver con que los pies de Pedro estuvieran literalmente limpios o sucios. La forma en que Jesús realmente demostró su amor por Pedro fue yendo a la cruz por él y tomando sobre sí su pecado.

La Santa Comunión también es real. Es la acción de Jesús para servirnos y salvarnos. No confiamos en nuestras sensaciones subjetivas de vista y tacto para creerlo. Tenemos una Palabra

aún más segura del Hijo de Dios: «Este es mi cuerpo, entregado por ustedes; esta es mi sangre, derramada por ustedes para el perdón de los pecados». Sí, aquí Dios nos ofrece un precioso y santo derramamiento de sangre. Porque donde hay perdón de los pecados, hay vida y salvación.

Acérquense, pues, y tomen el cuerpo del Señor, y beban la santa sangre derramada por ustedes; Él fue ofrecido por los más grandes y por los más pequeños, Él mismo fue la víctima y Él mismo el sacerdote. Acérquense, pues, con corazones fieles y sinceros, y tomen aquí la garantía de la salvación: el propio cuerpo y la sangre de Cristo, ofrecidos en la muerte y derramados por ustedes para el perdón de los pecados.

Amén.